

RUMBO A MARTE

JOE HALDEMAN



La joven Carmen Dula y su familia están a punto de embarcar en la aventura de su vida: se van a Marte. Han sido elegidos al azar, y parece una gran oportunidad, pero Carmen tiene sus dudas.

Nada más llegar al planeta rojo, Carmen se da cuenta de que las cosas no son tan diferentes. Igual que en la Tierra, hay mucho por hacer y por aprender, y una figura represora y autoritaria contra la que rebelarse. Su actitud díscola la colocará al borde la muerte, de la que escapará gracias a un ángel con un mensaje para los humanos que acaban de llegar para colonizar Marte: «Nosotros llegamos antes...».

Un viaje épico en busca de la frontera más novedosa de la humanidad, cuyo destino es nuestro planeta más cercano. Solo que esa frontera no será tan nueva para todos...

Para Carmen y Catalin, nuestras
invasoras alienígenas.

«La mariposa no cuenta los meses sino los instan-
tes,
pero le bastan».
—Rabindranath Tagore

Agradecimientos

Muchas gracias a Geof Landis, mi marciano favorito, por sus consejos científicos y matemáticos. Naturalmente, cualquier inexactitud es responsabilidad únicamente del autor.

Primera parte
La despedida

1

Los no muertos

No era mucho equipaje para seis años; para el viaje más largo que había hecho nadie nunca. Llevábamos cada uno una bolsa de mano y una maleta pequeña de titanio.

Salimos a la noche cálida de Florida y cargamos con las maletas hasta la esquina. Volví la vista hacia la casa pero apenas sentí nada. Solo habíamos vivido allí dos años y no volveríamos. Para entonces yo tendría veinticinco y de un modo u otro me independizaría.

Papá señaló Júpiter y Marte, ambos cerca del horizonte. El taxi giró en la curva y se detuvo delante de nosotros.

—¿Son ustedes los Dula?

—No, solo hemos salido a pasear —contestó papá.

Mamá le lanzó una miradita.

—Por supuesto que sí. ¡Pero si son las tres de la madrugada!

—Su voz no encaja con la de la persona que llamó —dijo el taxi—. Después de la medianoche necesito una identificación positiva.

—Yo llamé —dijo mi madre—. ¿Reconoce mi voz?

—Por favor, enséñeme su tarjeta de crédito.

Del taxi salió una bandeja y papá dejó la tarjeta encima, diciendo:

—Tarjeta y voz.

Las puertas se abrieron silenciosamente.

—¿Necesitan ayuda con el equipaje?

—No se moleste —contestó papá, en lugar de decirle simplemente que no.

Se pasa la vida poniendo a todo el mundo a prueba.

—No —dijo mi madre.

El cargaequipajes se quedó agazapado donde estaba, y todos dejamos las maletas atrás, junto a él, que nos siguió con la mirada.

Nos subimos al taxi, mamá y yo enfrente de papá y de Card, que aún estaba medio dormido.

—Tengo que confirmar el destino —dijo el taxi—. ¿Adónde vamos?

—A Marte —dijo papá.

—No comprendo.

Mamá suspiró.

—Al aeropuerto. Terminal B.

—¡No muertos! —exclamó Card con su voz de zombi.

—¿Qué estás musitando?

—Esas cosas que vosotros los humanos llamáis taxi —explicó Card con los ojos cerrados, moviendo apenas los labios—. No vive, pero tampoco está muerto. Y habla.

—Vuelve a dormirte, Card. Te despertaré cuando lleguemos a Marte.

Encerrada en una nave espacial con mi hermano pequeño durante seis meses. Más mis padres y dos docenas de extraños. Y, sin embargo, teníamos suerte; seis meses era lo mínimo que duraba un viaje. Porque podía tardar más de un año cuando Marte estaba lejos.

A la vuelta mi hermano sería aproximadamente tan mayor como yo ahora. Era una idea casi tan extraña como los zombis.

2

Adiós, mundo cruel

Es el único elevador del mundo con bolsas para vomitar. Me las señaló mi hermano. Él capta esas cosas. Yo vi lo del baño. Un solo baño para treinta y seis personas. Encerrados en un elevador durante dos semanas. Y no es tan grande como parece en los anuncios.

Cuando estás dentro ya no lo llamas «el elevador»; es simplemente el aparato en el que te subes para ascender. El Elevador Espacial, siempre con mayúsculas, consta de dos de estos artilugios ascendentes además de ochenta mil cuatrocientos cincuenta kilómetros de cable que se elevan directamente hacia el espacio. En el otro extremo está la nave espacial que llevará a mi familia a Marte. En esa habrá dos baños para veintiséis personas, presumiblemente sin bolsas para vomitar. Si para entonces no estás acostumbrado a los cero g, quizá sea mejor que te quedes en tierra.

Toda esta historia comenzó hace dos años, cuando yo era joven y estúpida, o al menos ingenua, y solo tenía dieciséis años. Mi madre quería entrar en el sorteo del proyecto Marte y a papá la idea le parecía bien. Mi hermano Card pensaba que era genial y admito que por aquel entonces a mí también me parecía espectacular. Así que Card y yo es-

tuvimos entrenándonos todos los sábados por la mañana durante un año para pasar la prueba. Solo nosotros; para los padres no había ninguna prueba. Los adultos eran seleccionados o no, dependiendo de su educación y de su adaptabilidad social. Nuestros padres tienen la misma cultura que cuatro personas juntas, pero, por lo demás, son terriblemente normales.

Más que nada, el entrenamiento consistía en hacernos pasar a Card y mí por personas normales, o al menos tan normales como para no volvernos majaretas tras encerrarnos como sardinas en lata con veinticuatro personas durante seis meses.

Así que la pregunta del millón de dólares era: los chicos que viajaban a bordo con nosotros, ¿habían pasado la prueba porque de verdad eran normales o simplemente se habían pasado las mañanas de los sábados entrenando para ocultar sus tendencias homicidas ante los expertos? Recuerda, del sexo con el pequeño Fido no hay que decir nada.

Volamos a Puerto Villamil, una ciudad pequeña situada en una isla pequeña de la cadena de las Galápagos, lejos ya de la costa de Sudamérica. La habían elegido porque está en el ecuador y porque allí no caen muchos rayos, cosa que tranquiliza cuando te sientas al pie de un pararrayos tan largo que podría dar la vuelta a la Tierra dos veces.

La ciudad es como una especie de trampa turística por el Elevador Espacial, y por las Galápagos en general. La gente toma un ferri para verlo despegar y volver y luego se marcha a las otras islas para hacer buceo de superficie o quedarse mirando animales exóticos con la boca abierta. Las islas tienen montones de pájaros y lagartos extraños. Papá dice que a la vuelta podríamos pasar una semana o dos explorándolo todo.

Si es que volvemos, eso es lo que no dice. Porque no es como si nos mudáramos a la otra punta de la ciudad.

Mamá y papá hablan los dos español, así que estuvieron charlando con el taxista que nos llevó del aeropuerto al hotel donde pasaríamos una noche antes de embarcar en el ferri que nos llevaría a la plataforma del elevador. El taxi era distinto, un jeep eléctrico sin parabrisas y tan largo que cabían doce personas. Además tenía una capota para el sol en vez de techo. Pregunté qué pasaba cuando llovía. El conductor hizo acopio de todo su inglés y contestó: «Me mojo».

Card y yo teníamos una habitación propia, de modo que mamá y papá podrían disfrutar de una última noche de intimidad. Espero que tomaran precauciones. ¿Seis meses de mareos matutinos a gravedad cero? Me preguntaba cómo llamarían al niño responsable de semejante tormento. «Recoge tu habitación, Vómito». «No, no pienso dejarte el coche, Nauseabunda».

Después de todo llamaron Card a Card y Carmen a mí, después de ver una ópera que yo no puedo soportar. «To-reador, usa el tenedor. No comas con las manos, To-reador».

Dejamos el equipaje deprisa y corriendo y salimos a dar un paseo, Card en una dirección y yo en la contraria. Él fue al centro de la ciudad, así que yo me dirigí a la playa. Puede que mis viejos creyeran que íbamos a ir juntos, pero no nos dieron ninguna orden en concreto excepto que estuviéramos de vuelta en el hotel a la siete para la cena.

Mi último día en la Tierra. Tenía que hacer algo especial.

3

Capitán mi capitán

La playa no era tanto de arena como de roca, de una especie de lava negra con bordes dentados. El agua se arremolinaba y se metía entre las rocas y no parecía lo que se dice estupenda para pasear, así que me senté en una piedra más o menos lisa y disfruté del sol y del aire salado. Aire terrestre real, respira mientras puedas. Había una iguana gris enorme encima de una piedra a unos diez metros que no me hizo ni caso. No parecía real. Con el ruido de las olas rompiendo sobre las rocas no oí al hombre que se me acercaba por detrás.

—¿Carmen Dula?

Me giré sobresaltada. Era un tipo mayor de aspecto extraño, puede que de unos treinta años, con la piel blanca como la tiza. Al mirarlo más de cerca vi que no era su piel; se trataba de algo realmente blancuzco, una especie de protección solar total. Además iba vestido todo de blanco, con pantalón largo, manga larga y un sombrero de ala ancha. Habría resultado atractivo de no ser por la ropa.

—No pretendía asustarte —añadió, ofreciéndome una mano fuerte y seca debajo del blanco tiza—. Soy Paul Collins, el piloto. Te he reconocido por la lista de pasajeros.

—¿El ascensor lleva piloto?

—No, solo azafata. ¿Qué hay que pilotar? —preguntó él, esbozando una sonrisa y enseñando dientes de metal—. Soy el piloto de la John Carter de Marte, voy a pilotarla por última vez.

—¡Vaya! Entonces ¿lo has hecho más veces?

Él asintió.

—Dos veces como piloto y una como copiloto. Ida y vuelta —explicó, dirigiendo la vista hacia el océano—. Esta va a ser la última vez. Me quedo en Marte.

—¿Los cinco años?

Él sacudió la cabeza y repitió:

—Me quedo.

—¿Para... siempre?

—Si es que vivo para siempre —contestó él. Se agachó, recogió una piedra plana del suelo y la lanzó hacia el mar. La piedra dio un solo brinco. La iguana parpadeó una vez—. Tengo que quedarme en la Tierra o en Marte. Digamos que he sobrepasado el límite máximo de radiación que puedo soportar.

—¡Dios, yo me quedaría en la Tierra! —exclamé yo. ¿Estaba loco?—. Quiero decir si me preocupara eso de la radiación.

—Marte no está tan mal, visto bajo tierra —dijo él, probando a tirar otra piedra. Esa vez simplemente se hundió—. Subiré a la superficie una vez a la semana. Además, esos límites de radiación son para la gente que quiere tener hijos. Yo no quiero.

—Yo tampoco —afirmé. Él tuvo el tacto suficiente como para no hacerme más preguntas—. ¿Es por eso por lo que llevas tanta protección? Me refiero a eso blanco.

—No, lo blanco es más para las quemaduras de sol que para la radiación —explicó él, que se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo; es decir, por lo que le quedaba. Era evidente que acababa de cortárselo al uno más o me-

nos, excepto por la cresta—. No me pongo moreno desde... ¿desde que tenía algún año más que tú?

—Diecinueve —dije yo, sumándome seis semanas.

—Bueno, desde los veintiuno. Cuando me uní a las fuerzas espaciales. Allí no se lleva ponerse moreno.

Eso era interesante.

—No sabía que los militares formaran parte del proyecto Marte.

Al menos oficialmente.

—Y no forman parte —contestó él, inclinándose cada vez más hacia abajo hasta acabar sentándose rígidamente sobre las piedras—. Me fui a los cinco años. No hacíamos más que volar por el aire. A lo mejor alguna vez había un vuelo suborbital, pero era algo especial. Yo quería viajar más arriba, me parecía mucho más interesante.

—¿Y solo has conseguido hacerlo tres o cuatro veces?

—Así es —admitió él, que arrojó una piedra a la iguana, pero no le dio ni de lejos—. Son muy conservadores. Estoy tratando de hacerles cambiar de opinión.

—¿Y eso no podrías hacerlo mejor en la Tierra? —pregunté yo, sentándome a su lado.

—Bueno, sí y no. Ahora mismo, si me quedo allí, sería el único piloto en Marte, y si algo va mal y necesitan a un piloto... —explicó él, que arrojó otra piedra al lagarto, pero se quedó más lejos aun que antes—. Desde que viajé al espacio cada vez que lanzo una piedra es un puto desastre.

Yo apunté a la criatura pero no le di por unos centímetros. Se me quedó mirando durante un largo segundo y luego se metió en el agua.

—No está mal para una chica.

Decidí que estaba bromeando aunque en realidad no pude adivinarlo por su expresión.

—He oído decir que el vuelo por el espacio puede resultar duro para los músculos.

—Lo es. Te debilitas aunque hagas ejercicio todos los días. Yo en esta gravedad estoy más flojo que un gatito.

—Pues yo me he dejado el gato en casa. En Florida — contesté yo con cierta frivolidad.

—¿Cuántos años tenía? Tiene.

—Nueve. La mitad que yo. No se me había ocurrido pensarlo.

—No es tan viejo —asintió él.

—No, pero cuando volvamos ya no será mi gata.

—Puede. Son criaturas muy curiosas —dijo él, restregándose los dedos como si le dolieran—. ¿Entonces has dejado los estudios?

Yo sacudí la cabeza en una negativa.

—Voy a empezar en la universidad de Maryland en septiembre. Por realidad virtual.

—Eso es interesante. Extraño —añadió, soltando una carcajada—. Yo estuve de fiesta en fiesta durante todo mi primer año de universidad. Casi me echan. Supongo que tú no tendrás que preocuparte por eso.

—¿Es que en Marte no hay fiestas? ¡Qué chasco!

—Bueno, hay gente y hay fiestas. No demasiado salvajes. No es que puedas encargar unas pizzas o abrir un barril de cerveza.

De pronto me invadió una sensación de vacío que no tenía nada que ver con las ganas de comer pizza. Traté de olvidarlo.

—¿Y qué hacéis para divertirlos? ¿Ir a explorar?

—Sí, yo voy a explorar, subo a la superficie y recojo rocas para coleccionar. Era geólogo aficionado antes de convertirme en chicolador. Ahora soy areólogo.

Había oído hablar de ello; Ares era el nombre griego de Marte.

—¿Has descubierto algo nuevo?

—Claro, casi siempre se descubre algo. Pero es como si fueras un niño en una tienda de caramelos; o lo sería si hubiera una tienda en la que estuvieran reponiendo caramelos nuevos constantemente. No es difícil encontrar rocas que jamás han sido clasificadas. ¿Sabes algo de geología?